

Josefina Alvarez: La Metafísica de las Cosas

Alberto Caeiro, *alter ego* de Pessoa (o viceversa) insistía en sus versos en que las cosas carecen de sentido íntimo: "*¿El misterio de las cosas? ¡Qué sé yo qué es el misterio!*". En su objetivismo absoluto, el poeta y filósofo terminaba por declarar que el misterio apenas se encuentra en aquel que en ello piensa: "*El único misterio es que haya quien piense en el misterio*". Y es allí, precisamente, en esa habilidad para indagar más allá de lo aparente, para descubrir desde la contemplación una posible *Metafísica de las Cosas*, donde se encuentra el genio, agudo y sutil, de la artista del fuego Josefina Alvarez Jiménez.

La obra de esta maestra de la cerámica venezolana es un permanente homenaje a lo cotidiano. Cada pieza que recrea se ve liberada de su condición de objeto para transformarse en sujeto. Utensilios domésticos, elementos funcionales de nuestro día a día que en sus manos adquieren otro significado y son enaltecidos hasta devenir ornamento, siempre desde el elogio a lo sencillo. Impecable integración de forma y función, sin artificios. En su taller, la claridad de la luz, el verde que la envuelve, el sonido del agua, el fuego del horno, los objetos encontrados cuidadosamente desplegados alrededor, como elaborado muestrario, no hacen más que confirmar la minuciosidad y la pasión que en su obra se han hecho manifiestas.

De la tierra en torno. Alfarera y alquimista

Nacida en Caracas, Josefina Alvarez realiza estudios en Cerámica bajo la orientación de Reina Herrera, Alirio Palacios y Miguel Arroyo en la Escuela de Artes Plásticas "Cristóbal Rojas" entre 1959 y 1962. En el año 1967, viaja a Dinamarca donde estudia técnicas de alta temperatura y trabaja en el taller Allpass en la ciudad de Espergæde. A su regreso a Venezuela, en 1968, se incorpora al Taller Formas y funda el Taller Once, donde aún se desempeña. Ha participado en numerosas exposiciones individuales y colectivas, nacionales e internacionales. Entre los premios y distinciones recibidas se encuentra el Premio de Artes Aplicadas en el XXVI Salón Michelena en 1968, la Medalla de Oro en el I Salón Nacional de las Artes del Fuego en 1971 y el Premio Nacional de Artes del Fuego en 1974, junto a la artista Anabella Shafer. En 2011, el jurado de este mismo Premio le concede, por unanimidad, el reconocimiento a una trayectoria de más de cuarenta años de creación artística y experimentación técnica en su campo. Su obra forma parte de las colecciones de la Galería de Arte Nacional, el Museo de Arte Contemporáneo de Caracas, la Colección Banesco, la Colección de la Universidad de Carabobo y la Colección Casa del Orinoco, en Ciudad Bolívar. Además de colecciones institucionales, sus trabajos también se encuentran en más de cien colecciones privadas en Venezuela, América y Europa.

Josefina Alvarez suele trabajar a partir de series secuenciales alrededor de un tema escogido. El material más utilizado en sus piezas es el gres, mezcla de arcillas y componentes químicos en cuyo proceso la artista emplea métodos antiguos que terminan por evocar la tradición de una alquimista. Con su habilidad y experiencia en el uso de los esmaltes, ha desarrollado una paleta de colores y tonos que la distingue: del

marrón al mostaza, el beige, el azul profundo y el verde agua, colores de la tierra y el mar, elementos que integran su propia naturaleza. También ha sido destacado su uso experto del torno, devoción alfarera que a la velocidad de lo contemporáneo opone pausa y paciencia.

Naturalezas muertas, arquitecturas imposibles

El pasado 7 de febrero fue inaugurada su más reciente exposición: "Giorgio Morandi. Un homenaje" en la Galería ABA Art Contemporani en la ciudad de Palma de Mallorca. Esta serie, inspirada en la obra del célebre pintor italiano, fue mostrada por primera vez en 1986 en la Sala Mendoza.

No sorprende que sea Morandi, uno de los maestros de la *Naturaleza Muerta* del siglo XX, inspiración para la artista. Como Alvarez, Morandi elige como sujeto para sus pinturas los objetos más elementales: botellas, jarras y vasos desvestidos de toda singularidad. Lo que los transforma y hace únicos es la capacidad expresiva de quien los contempla. Como Morandi, Alvarez se aproxima a sus sujetos en serie, recreando la tradición del bodegón como teatro de relaciones, ubicando cada elemento uno junto a otro, como un juego de volúmenes y geometrías que, cercano a la pintura metafísica, parece construir arquitecturas simbólicas en humilde, y perfecta, armonía.

Corina Lipavsky

